



SRA. DÑA. ELVIRA SAINT GERONS
Directora Gerente
Fundación Tres Culturas

Homenaje a Samuel Hadas

Glosar la figura de alguien como Samuel Hadas se nos hace difícil en la Fundación Tres Culturas, por más que sea para recordar lo bueno de alguien que tanto nos dio, con quien tanto aprendimos y a quien hay tanto que agradecer. A la pérdida de uno de los nuestros debemos añadir lo inesperada y dolorosamente sorpresiva que fue la noticia. Apenas habíamos hecho con él un viaje de trabajo a Argentina, y sus quejas sobre su salud no parecían inquietantes a la vista del nivel de actividad que mantuvo hasta el final.

Porque si tuviéramos que elegir un puñado de palabras para definir a Samuel, sin duda “energía” sería la primera de ellas. Las otras serían “iniciativa”, “familiaridad” y “generosidad”.

Samuel era incansable; cualquiera que haya trabajado o viajado con él lo sabe, y conoce la energía a la que nos referimos: Participación en múltiples iniciativas siempre a la búsqueda del entendimiento entre las personas y las culturas, reuniones, artículos en prensa y viajes constantes, cruzando el Mediterráneo y en ocasiones el Atlántico. Viniendo hasta Sevilla simplemente para asistir a una reunión de apenas unas horas del patronato o la comisión permanente de la Fundación, de los que formaba parte y por los que tanto se preocupaba, quizás otro término, “responsabilidad”, debería ser incluido también en la lista.

Y esta energía no era vana, ni estaba vacía ni mucho menos. Su implicación en las labores de Tres Culturas nos abrió las puertas de América, especialmente de su Argentina natal, como el citado último viaje que tuvimos la suerte de hacer juntos. Samuel se convirtió en el mejor relaciones públicas posible, el mejor embajador, más allá de sus funciones oficiales como patrono. Esa implicación en nuestro proyecto se traducían en una constante iniciativa. Sus correos electrónicos eran escuetos y al grano en ocasiones, o auténticas cartas en otras, pero siempre venían repletos de proyectos, ideas, borradores, planes, propuestas, recordatorios. A veces resultaba abrumador, en el mejor de los sentidos, abrir un e-mail suyo.

La aportación de Samuel era además desinteresada, pues no la hacía como algo ajeno, o extraordinario, sino desde dentro de la Fundación, de ahí que hayamos empleado la palabra familiaridad. Samuel era uno más de la casa, y a todo el mundo

se le hizo habitual verle llegar con su maletín, y cargado de periódicos con sus artículos recientes que regalaba al personal, buscando una mesa con un ordenador en el que seguir trabajando mientras empezaba la reunión o el encuentro al que hubiera venido, o manteniendo una irónica charla con los compañeros. Hubo un momento en el que una mesa concreta llegó a ser llamada jocosa y brevemente “el despacho de Samuel”. Tampoco eran extrañas las charlas sobre su cadera, que le fastidiaba en los últimos tiempos y que más de un compañero de Tres Culturas le recomendó que se operara, en la seguridad de que tras ello seguiría trabajando como siempre, con energías renovadas incluso. También se convirtió en costumbre recibir (en perfecto orden, pegados a un folio para facilitar el trabajo de sus compañeros) los documentos de viaje –facturas, tarjetas de embarque y similares- tras su regreso a Jerusalén, dentro de un sobre en el que siempre incluía unas breves notas de cortesía: “Adjunto documentos solicitados. Un fuerte abrazo, Samuel”.

Y la generosidad con la que se daba a la Fundación y su personal se extendía más allá del trabajo, pues hay que resaltar que Samuel regaló parte de sus libros a la biblioteca especializada de nuestra Fundación y a algunos de sus trabajadores, que ocasionalmente los necesitaron para llevar a cabo investigaciones o trabajos académicos. No son muchos los casos en los que alguien dona en vida, con generosidad ejemplar, parte de su biblioteca.

Los que hemos tenido la suerte de conocerle no nos damos cuenta todavía de a quién hemos perdido. Si hacemos un repaso a las palabras que hemos empleado para describirle –energía, iniciativa, familiaridad, generosidad y responsabilidad- vemos de manera quizás algo más clara la grandeza de la persona con la que tuvimos la oportunidad de trabajar.

Más adelante seremos más conscientes de quién nos falta, de quién no está ahí para acompañarnos a Buenos Aires, para arreglarnos decenas de reuniones, para escribir en nuestro nombre a alguna de las cientos de personalidades que conoció en su carrera diplomática. En cualquier caso, sólo podemos dar gracias a Samuel por todo lo que hizo por la Fundación, por todo lo que hemos vivido con él, y empezar a aprender cuanto antes a apreciar los momentos compartidos, a apreciar su simpatía y amistad. Porque en la Fundación Tres Culturas hemos perdido a un amigo, a uno de los nuestros.